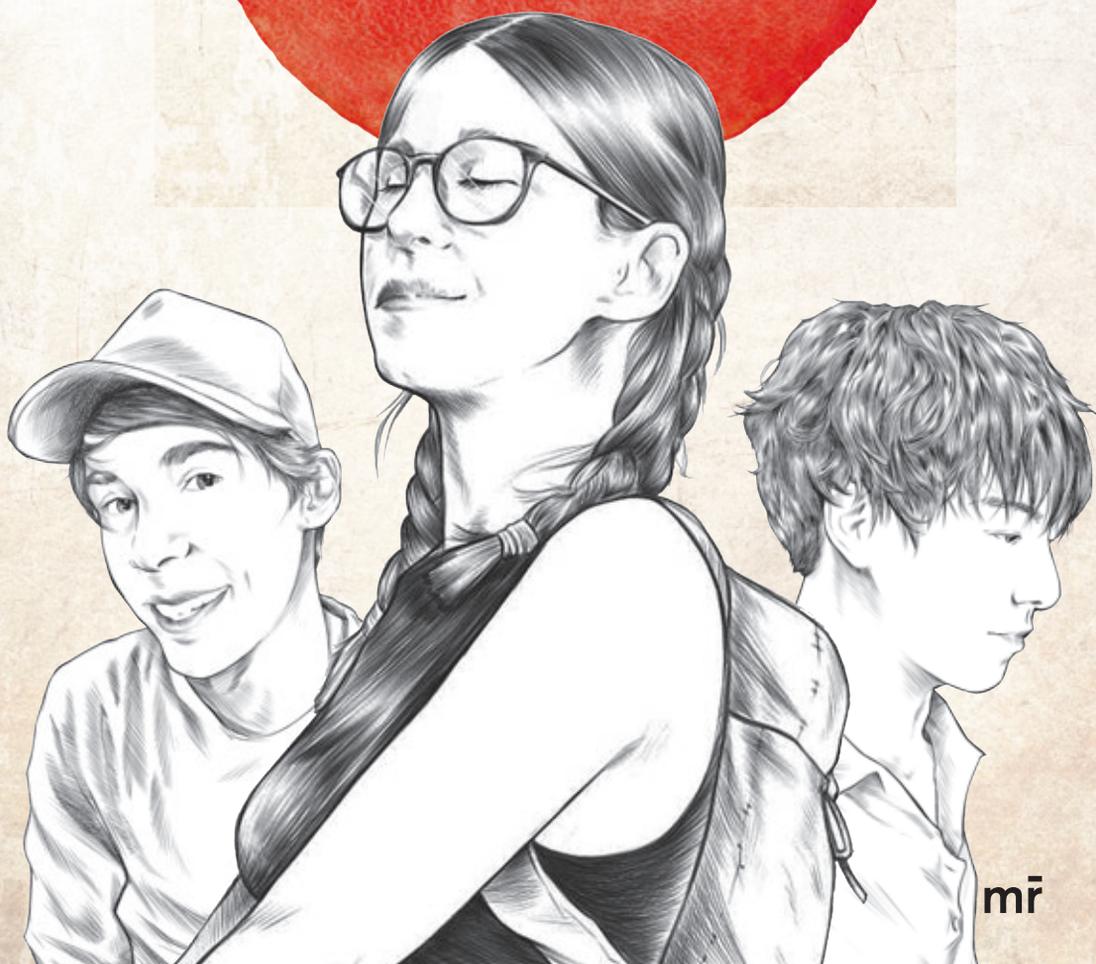


SARA PECAS

EL TRIÁNGULO DEL DRAGÓN



m̄r

El Triángulo del Dragón

SARA PECAS

mī

© Sara Pecas, 2019

Edición y fijación del texto: Emma Lira, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.mrediciones.es

www.planetadelibros.com

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño, 2019

Ilustración de cubierta: © Joaquim Bernal Fuertes - JoArt

Mapas: Jesús Sanz

Primera edición: enero de 2019

ISBN: 978-84-270-4514-9

Depósito legal:

Preimpresión: Safekat, S. L.

Impresión:

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

Índice

Capítulo 1. Ojalá estuviera allí	11
Capítulo 2. En busca de <i>verysad</i>	21
Capítulo 3. ¿Qué significa desaparecer?	33
Capítulo 4. Una muñeca en un altar	47
Capítulo 5. En la mente de Seina	57
Capítulo 6. Portales entre dos mundos	73
Capítulo 7. El camino más largo	83
Capítulo 8. Lugares mimados por los dioses	93
Capítulo 9. Una puerta sobre el agua	105
Capítulo 10. Para alejar los malos espíritus	121
Capítulo 11. En el bosque maldito	131
Capítulo 12. El Triángulo del Dragón	145
Capítulo 13. Una isla en el fin del mundo	155
Capítulo 14. El farero de Aogashima	167
Capítulo 15. Saber decir adiós	183

Capítulo I

Ojalá estuviera allí

Había un nuevo mensaje en sus redes sociales. Sara, preparada para salir de casa, con la tostada en la mano y la taza de té *matcha* en la otra, no pudo resistir la tentación de echarle una ojeada rápida. Vale, llegaba tarde, pero esto no la entretendría más de cinco minutos. Creía. Clicó nerviosamente sobre el icono para abrirlo. Su canal en YouTube llevaba activo apenas dos años y ya sumaba miles de seguidores. «No puedes mantener descuidada a tu audiencia», se dijo mientras mordisqueaba la tostada. Era un mensaje directo y notó un ligero vuelco en el corazón. Los mensajes directos le causaban siempre cierta expectación y, a veces, incomodidad. Casi siempre eran positivos; mensajes de ánimo que la felicitaban por su trabajo, los vídeos que subía, frases que alababan su ironía o su meticulosidad. Otras veces eran incisivos: el enterado o la enterada de turno que se permitía corregir alguno de sus comentarios. Los menos —afortunadamente— eran abiertamente negativos. Se metían con sus vídeos e incluso con ella misma, como persona, lo que

no dejaba de sorprenderla, porque, en principio, no la conocían. Estos últimos la perturbaban un poco. Su hermano, que también tenía su propio canal en YouTube, y su padre, que no formaba parte de ellos, pero a quien le divertía en ocasiones aparecer en los vídeos de sus dos hijos, le aconsejaban que no hiciera caso, que bloqueara a los inoportunos *haters* y ya está. Sara sabía que tenían razón, pero no podía evitar sentirse juzgada, insultada o incluso humillada con algunos comentarios. En el mundo vertiginoso y expuesto de Internet, aún se sentía vulnerable. Cada uno de los vídeos que subía llevaba una receta propia: un poco de preparación, un poco de improvisación, un mucho de estudio del tema que exponía y un todo de ilusión. Y quizá, como se empeñaba en repetirle su hermano, le faltaran tablas, pero no estaba preparada para que un desconocido, enmascarado bajo un nick, echase por tierra todos sus esfuerzos.

Le costó un poquito tragar el trocito de tostada. Tenía la garganta cerrada. Abrió el mensaje aliviada al reconocer un nick amigo, *verysad2004*. Lo leyó casi en diagonal, antes de dedicarle una lectura más detenida. Estaba redactado en un inglés precario, como siempre.

Thanks again, dear @Sara, Miss Smile,

It's nice when you see your world is important for somebody else in the other side of the globe. We share a magic world in our minds. A world that —unluckly— doesn't exist. I wish that I was there.

Sorbió un poco de su té, distraída, mientras asimilaba el contenido. Lo tomaba ardiendo porque estaba

segura de que así se acentuaba su sabor. Por supuesto era japonés. Vale, lo compraba en bolsitas individuales en el supermercado, pero no dejaba de ser el mismo que protagonizaba las ceremonias del té desde hacía siglos en el País del Sol Naciente. Empezar el día con un sorbo de ese elixir mágico que arrastraba años de tradición le hacía, en cierto modo, sentirse más conectada al país que admiraba profundamente.

No podía delimitar con exactitud ni cuándo ni por qué había empezado a sentirse atraída por aquella lejaniísima tierra, cuya cultura era tan radicalmente diferente a la suya. Los mangas y el anime —con los que había crecido—, la estética atractiva de los videojuegos a los que habían dado paso... Ese mundo paralelo, fácil y predecible de buenos y malos continuaba atrayéndola con fuerza. En algún momento de su conversión había empezado a leer un poco más sobre Japón y su historia, para satisfacer su curiosidad, para entender ciertas cosas. Había comenzado casi con anécdotas: el sogún, la lealtad de los samuráis, las geishas... Luego, se había interesado por su Historia, con mayúsculas. Más tarde por su culto a la naturaleza y al paisaje, sus representaciones artísticas, tan delicadas como atemporales. Después, sintió fascinación por sus tradiciones y para cuando se zambulló en su historia contemporánea, atrapada entre modernidad y tradición, con sus códigos de honor casi trasnochados, su culto al trabajo, su timidez casi enfermiza, y la sorprendente sumisión de la mujer al hombre, ya se había vinculado a Japón sin remedio.

Su hermano Yoel y ella habían cumplido el sueño adolescente de conocerlo y recorrerlo apenas un

año atrás y contaban los días para repetir la experiencia. Habían vagado del recogimiento de los templos centenarios al vértigo del metro y los neones resplandecientes sin apenas transición. El viaje, aderezado con una lluvia finísima y un calor bochornoso, había estado teñido de la magia que le faltaba en su realidad cotidiana, esa magia que solo vive en los sueños de la infancia. Había sido además su primer viaje juntos y solos, sin sus padres, lo que les había permitido asomarse al mundo con una mirada más madura, más autosuficiente. Lejos de defraudar sus expectativas, Japón, de cerca, les había enamorado aún más. Tanto que iban a repetir la experiencia. Por eso, aquel mensaje que le agradecía su interés por la isla oriental le llegaba de forma especial, porque sabía que provenía, directamente, del corazón del país.

—¿Qué haces? —Su hermano se asomó a su puerta, sorprendido de hallarla aún allí—. ¿No vas tarde?

—Sí —reconoció ella, sin perder la compostura—, me había parado a leer un *direct*.

—No puedes evitarlo, ¿eh? ¿Importante?

—De *verysad*.

—¿Otra vez?

Sara asintió. *Verysad2004* no había sido siempre *verysad2004*. De hecho hubo un tiempo en que los mensajes provenían de *veryhappy2004*. En algún momento —no hacía mucho— el nick había cambiado radicalmente y aunque Sara había tratado de indagar discretamente el motivo, no había tenido éxito en sus averiguaciones.

—¿Y sabemos algo más de *verysad* o solo es postu-
reo y ganas de llamar la atención?

—No seas insensible —le recriminó Sara a su her-
mano—. Probablemente tenga algún problema que no
tiene por qué andar contándole al primer desconocido
que le escribe.

—Bueno, perdona, pero es él quien te escribe esos
mensajes de «gracias por estar ahí...», «significa mu-
cho para mí...», «blablablá...».

—Ella.

—¿Qué?

—Ella —puntualizó Sara—. *Verysad* es una chica, no
un chico.

—Ah, ¿es una chica? ¿De verdad? ¿Y qué sabes de
ella?

Sara le dirigió una mirada irónica. ¿Por qué cono-
cía tan bien a su hermano?

—Vaya, ¿ahora sí te interesas?

Yoel iba a replicar, pero la voz de su madre los in-
terrompió.

—¿Sara? Son menos diez.

—¡Ostras!

—¿No me lo vas a contar? —inquirió Yoel, con cu-
riosidad.

—Esta tarde —prometió—. Cuando vuelva.

Sara recogió su bolso y abandonó su té *matcha* so-
bre la mesa del escritorio sin molestarse en apagar el
ordenador. Ahora sí que llegaba tarde ya. Se perfiló los
labios de rojo frente al espejo del pasillo y salió al
mundo exterior dando un portazo. Ya en la calle se dio
cuenta de que no había contestado a *verysad* y sintió

una punzada de remordimiento, pese a la diferencia horaria. Se prometió a sí misma que se metería desde el trabajo en sus redes sociales para mandarle un mensaje cariñoso. Algo le decía que el mundo de aquella seguidora era tan reducido, tan estrecho, tan triste, tan *very sad* que necesitaba todas y cada una de las palabras de aliento que pudiera recibir.

No le había contado todo a Yoel. Le daba un poco de vergüenza confesar que se había vinculado tanto con alguien a quien no conocía, con una persona que se había puesto en contacto con ella simplemente por los contenidos que ella colgaba en su canal. No le había dicho que se había sentido inmensamente halagada —y sorprendida— por tener una seguidora japonesa, aunque no entendiera ni papa de sus charlas en castellano. No le había dicho que se había esmerado en no cometer errores, como si se sintiera juzgada por alguien que conocía aquel mundo de verdad. No le había dicho que al principio había sido ella —¡ella misma!— la que había dependido de la aprobación de su seguidora, que, al fin y al cabo, era japonesa de verdad y tenía la inmensa fortuna de habitar en un mundo al que ella solo podía asomarse fugazmente. No le había dicho que sabía algo más de *verysad*, porque le había parecido intuir en aquellos mensajes anónimos una especie de llamada de socorro.

Si *verysad* le había dicho la verdad, en realidad se llamaba Seina. Sara lo había buscado en un diccionario de japonés y significaba «Hija Sagrada». El nombre de aquella especie de amiga remota le había parecido tan mágico como el mundo al que pertenecía y le ha-

bía hecho una especie de cosquillas en el corazón. Seina le había comentado, a su vez, que el nombre de Sara también existía en japonés. Le había enviado incluso el *kanji*. Significaba «buena», pero también se utilizaba la misma palabra para los verbos «florecer» o «sonreír». Incluso le había dicho que eso era lo que Sara era para ella, una sonrisa perpetua, bondadosa, en un país muy lejano, a través de una pantalla. «Aunque no tenga muchos motivos para sonreír últimamente», le había dejado caer. Cuando Sara intentó saber algo más, Seina se cerró en banda. No quería contagiar a nadie su tristeza, decía. Se escudaba en cientos de *emojis* cariñosos y cambiaba de tema. ¿Cómo era el tiempo en Madrid, su ciudad? ¿Cómo era la gente en España? A Sara le parecía que las respuestas no le interesaban lo más mínimo, pero presentía que formaba parte de la cultura japonesa no exteriorizar los sentimientos amargos.

Seina era estudiante y tenía dieciséis años, según le había explicado. Hablaba un inglés aceptable y Sara, más mayor, adivinaba que estaba en esa etapa fronteriza en la que aún se lleva a la espalda la mochila de Hello Kitty, pero ya te empiezan a gustar los chicos. No le había dicho nada a Yoel porque no quería que se burlase de ella. Su hermano, aunque varios años menor, tenía un poco más de experiencia en el mundo digital y, sobre todo, era bastante más racional que ella, por eso sabía lo que le diría: que Internet es un mundo vastísimo de apariencias; que nadie es allí quien dice ser; que es un reducto de solitarios y amargados sin habilidades humanas en la vida real y que su

dulce amiga Seina, que leía a Murakami —¡con dieciséis años!— y le contaba leyendas japonesas en un inglés dudoso, era en realidad un señor con bigote de Albacete que trataba de ligar con aquella Sara de melena oscura y ojos inocentes que aparecía en la pantalla de su ordenador.

Si se paraba a pensarlo, era inquietante que Seina nunca hubiese querido mandarle una foto de sí misma. Y pese a la fluidez de su comunicación, ¿no había algo extraño en que jamás hubiese aceptado una invitación a charlar por Skype, ni siquiera sin vídeo? A Sara le habría encantado poder intercambiar información con ella, sin confesarle directamente lo halagado que se sentía por contar con ella entre sus seguidores, pero era imposible. *Verysad* aparecía y se esfumaba de la red sin un patrón establecido. Daba muy poca información sobre sí misma, su entorno y su familia, y ningún detalle de su físico. Sara se dio cuenta de que era mucha más la información que *verysad* tenía de ella que al revés y sintió una pizquita de inquietud al pensar si no sería cierto, como se empeñaban en repetirle su hermano y su padre, que era demasiado ingenua y que tendía a fiarse demasiado de la gente, aunque no supiera absolutamente nada de ellos.

—Tierra llamando a Sara. Tierra llamando a Sara.

Una pelotilla de papel aterrizó en su cabeza. Parpadeó, sorprendida. Jesús, su compañero mesa con mesa en el trabajo, hacía bocina con sus manos, simulando que la llamaba para traerla de vuelta a la realidad.

—No me lo digas —le guiñó un ojo—. Estabas ya volando hacia Japón.

—No seas imbécil —sonrió ella, aunque se sintió un poco desencantada al ver que estaba en su mesa de trabajo y frente a su ordenador, como si acabaran de sacarla de un sueño. Le devolvió la pelotilla de papel en un lanzamiento impecable.

—¿Cuánto te queda? —le preguntó él—. No mucho, ¿verdad?

Sara encendió su pantalla y consultó el calendario. No faltaba mucho, era cierto. Apenas tres semanas antes de emprender el siguiente viaje a Japón, recordando el del año anterior, junto a su hermano Yoel, de nuevo. Se moría de ganas.

—Veintidós días —precisó—. Se me van a hacer eternos. Ojalá estuviera ya allí.

«*I wish I was there...*». Las palabras finales en el mensaje de *verysad* le saltaron en el cerebro, como un mensaje de alarma: «Ojalá estuviera allí». ¿Dónde te gustaría estar, Seina? ¿Aquí en España? ¿En ese mundo imaginario de videojuegos que compartimos? ¿Ese es el mundo que afirmas que no existe o...? ¿Dónde?

Miró de nuevo el calendario: veintidós días. Clicó en el icono de sus favoritos en Instagram para acceder directamente a su perfil y responder al mensaje de *verysad* sin dar muchas más explicaciones. Acababa de decidir que tenía veintidós días para comprobar si Seina existía realmente y si era la niña triste y solitaria que pedía ayuda en las redes de forma esquiva, o, por el contrario, era un señor con bigote de Albacete que estudiaba inglés y japonés por correspondencia.

Se regocijó pensando en la cara que pondría Yoel cuando le anunciara que nada más aterrizar en Japón tenía planeado ir a buscar a *verysad* sin que ella lo supiera. Sería una sorpresa.